



Buenos y solidarios: retos de la cooperación internacional

Good and caring: challenges of the international cooperation

■ Jaime E. Ollé Goig*

«El problema es ¿qué ocurre cuando te vas?».
S. Bland (citado en N. Munk. *The idealist*)

«Cada intervención acarrea consecuencias inesperadas: una y otra vez, al resolver un problema creamos otro».
N. Munk. *The idealist*

■ La muy noble y culta Madame du Châtelet, amiga íntima de Voltaire y que murió a los 42 años al dar a luz, afirmaba en el siglo XVIII: «No es posible haber nacido para ser unos desgraciados». Hoy, casi trescientos años más tarde, ¿podríamos confirmar dicha aseveración? No estoy seguro. Tan sólo hace falta pasear por los guetos de muchas ciudades africanas o visitar ciertos barrios de Bombay o Calcuta para comprobar que no sólo es posible sino que es palpable, y yo diría que inevitable para muchos el hecho de estar condenados a ser unos desgraciados, a no ser felices y, quizás, lo que es peor, a no tener ninguna esperanza de vislumbrar un futuro mejor; ni para ellos ni para su descendencia.

Pero no vayamos tan lejos: fijémonos en la mirada de estas mujeres de rodillas en las esquinas de nuestras calles con un trozo de cartón delante garabateado (no tengo trabajo, tengo tantos hijos, no he comido, etc.), y que de hecho no quieren decir más que «Soy una desgraciada». Podréis dejar unos céntimos (o, si os sentís muy generosos, un euro): la ayudaréis a pasar el día pero sin duda mañana seguirá siendo infeliz. Inevitablemente, vivirá todas las horas haciéndose unas preguntas de difícil respuesta:

* El autor es médico con una amplia experiencia en Salud Internacional, miembro de la Asociación Catalana para el Control de la Tuberculosis en el Tercer Mundo (ACTMON).

¿Qué comeré hoy?, ¿cómo y dónde dormiré?, ¿qué harán mis hijos?, ¿llegaremos sanos a mañana?

Ante esta situación cada vez más evidente no nos han de extrañar los sentimientos solidarios que han invadido en los últimos años a buena parte de nuestra sociedad. Ello se hace evidente no solamente en las políticas gubernamentales dirigidas al desarrollo, en el buen número de ONG de reciente creación, en los múltiples movimientos sociales de ayuda humanitaria, e incluso en la publicidad comercial (parece ser que si las empresas no son «solidarias» ya no venden). No obstante, afectados como estamos todos por esta fiebre de bondad y generosidad es importante hacerse unas preguntas: ¿Cuáles son las razones de este movimiento solidario dentro de nuestra sociedad?; ¿están bien dirigidas estas manifestaciones humanitarias hacia los otros, tanto a los de casa como a los que viven en lugares que desconocemos totalmente?; ¿cuáles son sus resultados?; ¿siempre son beneficiosas y positivas para quienes van dirigidas?

Razones para defender nuestras intervenciones «solidarias» no nos faltan. La primera razón es un argumento ético, tal como han puesto de relieve algunos pensadores y hombres de ciencia que nos han precedido. Citaré únicamente a tres:

1. Immanuel Kant: «Todos nosotros tenemos el mismo derecho a las cosas buenas... Por lo tanto, debemos preocuparnos de la felicidad de los demás, porque tienen el mismo derecho y no se les puede privar de él».
2. Emmanuel Lévinas: «El individuo tiene una responsabilidad ineludible hacia los otros. El yo solo puede existir como respuesta a los otros».
3. Albert Einstein: «Hasta que no se reconozca y se acepte que la creación y el mantenimiento de unas condiciones de vida decentes para todos es una obligación de todos en todos los países, no podremos, con un cierto grado de justificación, afirmar que la humanidad está civilizada».

Es decir, el hombre no vive aislado, vive en sociedad y por tanto es un deber de todos procurar que todos los humanos que compartimos el mismo planeta tengamos una vida decente.

El segundo argumento está relacionado con la responsabilidad. Yo no tengo esclavos pero no hay duda de que la sociedad en la que actualmente vivo se benefició durante una época de este mercado humano¹. No hace falta retroceder mucho tiempo para comprobarlo. Paseando por la ciudad ugandesa de Jinja —donde viví varios años—, al borde del lago Victoria y del nacimiento del Nilo, recuerdo el muy cuidado cementerio de los soldados fallecidos en la Segunda Guerra Mundial: unos jóvenes ugandeses que fueron enviados a Europa para aniquilar al enemigo. ¿Fueron voluntariamente?; ¿les explicaron a dónde iban?; o, dónde estaban cuando luchaban?; ¿quién era el enemigo que les disparaba y al que debían eliminar? Preguntas que ellos debieron formularse una vez uniformados y para las que no encontrarían respuesta. Para mayor sarcasmo, la cruz que adorna la tumba del pobre soldado enterrado en Jinja lleva la inscripción siguiente: *Labor omnia vincit*. ¿Nos recuerda algo?; ¿quizá era la que había en la entrada

de los centros de exterminio nazis? ¡Parece que además de la crueldad impuesta a los vivos hemos querido añadir unas gotas de cinismo, rayano en la burla, para los muertos! Por tanto, pienso que nos corresponde a nosotros intentar poner remedio ahora a las barbaridades y fechorías perpetradas a los ciudadanos de los países de pocos recursos por nuestros antepasados, y compensar, en parte, los daños causados en tiempos pretéritos. El que tenga dudas sobre nuestras antiguas proezas, no tiene más que verificar las gestas en Puerto Rico perpetradas en el siglo XIX por nuestro mitificado general Prim.

El tercer argumento es que, a pesar de los continuos avances técnicos y científicos, de la mejor eficacia en los medios de producción y del incremento de bienes en el mercado, hay un grupo de la población que no sólo no los disfruta sino que sus condiciones de vida tienden a empeorar.

Las políticas liberales adoptadas en las últimas décadas insistían en la denominada *trickle down theory* (goteo). Se argumentaba que si la cúpula social se enriquecía, los beneficios generados acabarían por llegar al nivel más bajo de la sociedad. Hoy sabemos que esto no es verdad y que, por un curioso fenómeno físico, en lugar de *trickle down* lo que hemos experimentado es un *trickle up*: la riqueza tiende a concentrarse en las mismas manos afortunadas de siempre. Un estudio reciente ha puesto en evidencia que las 85 personas más ricas del planeta tienen tantos medios económicos como la media humanidad más pobre y que la mitad de la riqueza en el mundo está en manos de tan sólo el 1% de la población². Antes podíamos pretender ignorar esta situación, pero en la actualidad es imposible no tenerla en cuenta. De todas formas, si la desconocemos o pretendemos ignorarla, ya se encargarán los *damnés de la terre* de hacérsola evidente, poniendo su infortunio delante de nuestras narices.

Si estamos de acuerdo en la necesidad y el deber que tenemos de intervenir para promover el desarrollo, y que los que viven en la penuria y en la indigencia puedan ser felices (tal como predica la constitución de EEUU) en un día no muy lejano, es también un deber tener presente el consejo hipocrático: *Primum non nocere*. Es decir, no dejar las cosas peor de como las habíamos encontrado. Estos son algunos efectos no deseados, inesperados e imprevisibles de intervenciones que pensábamos que constituían una mejora y que acabaron causando un «nocere». Y debo decir que casi todas las he vivido directamente³.

Los muchachos de un poblado haitiano, como todos los niños del mundo, adoran el fútbol. La pelota con la que juegan está hecha de trozos de tela amarrados con un cordel. En Barcelona compro una pelota de cuero. Al volver a Haití, los niños están encantados con su balón nuevo. Los mayores, sin embargo, no pueden aceptar que los pequeños jueguen con una pelota reglamentaria que ellos no han tenido nunca y un día se la sustraen. Durante un partido del campeonato local, uno de los niños, cuando tiene el balón a su alcance, se lanza al campo, lo recupera y huye. Veintidós jugadores acalorados persiguen al crío que se refugia en mi casa. Encuentro en mi patio a un grupo de jóvenes enfurecidos que reclaman su pelota y la piel del culpable, que está escondido debajo de una cama. Yo, mientras intento calmar a la turba me pregunto: ¿y todo esto por comprar una pelota?

Eria, un niño ugandés, ha protagonizado un documental sobre su vida en Uganda. La directora se lo lleva consigo a un festival en Ámsterdam. La película tiene éxito y el productor, antes de que Eria tome el avión de vuelta, le da 400 euros. El padre recibe al hijo encantado y, ante esta cifra de dinero que no había visto nunca junta, enloquece y empieza a adquirir las mil cosas que ha deseado siempre. Se endeuda y acaba en prisión. Sus allegados, indirectamente, nos hacen responsables de haber quedado sin el cabeza de familia, sin el hombre que cultivaba el huerto y me exigen el dinero necesario para liberarlo.

En Mali el agua potable es escasa. Una ONG extranjera se dedica a hacer pozos y ahora una pequeña aldea disfruta de uno en la plaza; los pastores ya no tienen que caminar horas y horas para dar de beber a sus rebaños. Al cabo de un año el representante de la ONG visita el villorrio y constata que el pozo ha desaparecido. ¿Qué ha ocurrido?, pregunta extrañado. Los pastores de las aldeas cercanas venían con sus rebaños que destrozaban nuestros huertos, le explican. Han preferido eliminar el pozo, tener que andar horas como antes hacían y evitar que sus cultivos queden maltrechos por las invasiones vecinales.

Cuando voy a correr por el campo al acabar la visita de la tarde, encuentro siempre a la vuelta un hombre de mediana edad al que le falta una pierna y que vive sólo a la vera del camino. A menudo hago un alto y charlamos. Poco antes de marchar del país le pregunto si quiere un regalo de despedida como recuerdo. ¡Una radio! La compro junto con dos juegos de pilas y el hombre queda feliz. Vuelvo un año más tarde y voy a verlo. Su vivienda, hecha de barro y cañas, está medio destrozada. Los vecinos, me explica, me robaron la radio...

Otras veces voy hacia Verrettes (en Haití) por un camino que transcurre por un paisaje espléndido, bañado por la luz dorada del atardecer. A un lado, un canal donde los niños chapucean y las mujeres hacen la colada; al otro lado, los campos de arroz de un verde intenso, y al fondo «les mornes», las montañas de color azulado envueltas en la neblina. Al volver un día más cansado que de costumbre, encuentro a una anciana que a un lado del sendero ha instalado su silla y una mesita, y vende café a los transeúntes; no resisto la tentación y le pido una taza: es delicioso, fuerte y azucarado. No tengo los diez centavos que vale y le doy un billete de un dólar; no tiene cambio. Le digo que no importa, que se quede con él e invite a las personas más cercanas que nos están observando. Unos instantes más tarde, la pobre viejita, aturdida y atemorizada, se ve rodeada por un grupo agitado y vociferante que le exige tazas de café para todos. Me siento responsable e intento imponer orden, maldiciendo mi «generosidad». He transformado en unos minutos un lugar apacible y alegre en un griterío de personas agresivas y descontentas.

Desde Pedernales, un poblado en la frontera dominicana con Haití, voy, primero en barca y después a pie, hacia Jacmel, una pequeña ciudad costera que había sido un puerto importante desde donde se exportaba el café. Camino por un pequeño sendero cuando oigo unos gritos desesperados. Busco de donde provienen y veo a una mujer que con una rama está azotando a un muchacho de unos 8-10 años; lo

más sorprendente es que a pesar de los gritos el niño apenas se mueve y permanece en el mismo lugar sin huir: no debe ser la primera vez que esto ocurre. Estoy tentado de acudir en su socorro, recriminar a la mujer por su crueldad y obligarla a que deje de golpear a la criatura. Pero entonces pienso: ¿Qué ocurrirá cuando yo marche? Seguramente, enrabada y frustrada por mi intervención lo castigará con más saña. Decido pasar de largo y durante unos minutos me persiguen los gritos de dolor... Me asombro de mi comportamiento pero muy a pesar mío sigo por la vereda que bordea el mar, cuando me vienen a la memoria unas líneas de Michel Tournier: «Creo que no se puede vivir de forma saludable y plena sin un mínimo de indiferencia hacia los males de los demás»⁴. ¿Ya me he vuelto indiferente al sufrimiento de mis semejantes?, pienso. No lo creo; hoy mi comportamiento ha sido fruto de la experiencia: o estamos dispuestos a permanecer, evaluar y corregir nuestras acciones, o mejor no intervenir. No deberíamos ser indiferentes pero tampoco podemos olvidar las palabras de otro escritor: «No hay cosa más difícil en este mundo que ayudar a alguien»⁵. Sin duda es difícil y complicado, pero estoy convencido de que la cooperación entre ambas partes no solo es necesaria sino que es absolutamente ineludible en un mundo cada día más atestado, más apretado, y en el que estamos todos juntos y mezclados.

Para acabar, creo que hay un aspecto que ignoramos a menudo y que el ejemplo siguiente pone en evidencia. Un rayo ha matado a una persona y malherido a un pastorcillo en una región del sur de Etiopía. Un grupo de turistas que se encontraban cerca han visitado el centro sanitario desprovisto de todo y han podido comprobar las pésimas condiciones en las que se encuentra el muchacho quemado. Insisten en que hay que trasladarlo. Viendo la angustia generada en el grupo el guía se ofrece a llevarlo a la ciudad pero comenta que el viaje no será fácil y que con el vehículo de la agencia de viajes, entre ir y volver, pasarán al menos tres días; tomen una decisión sin demora, les ruega. Al día siguiente nadie habla ya del herido, los viajeros deshacen el campamento, suben al todo terreno y continúan la ruta programada. Esta anécdota nos enseña que no es suficiente el querer mejorar la vida de los otros dando lo que nos sobra. Si queremos que mejore la existencia de los que tienen poco, tendremos que cambiar nuestra conducta, nuestros hábitos de consumo y nuestras prioridades⁶; e incluso quizás nuestros corazones... O nos ponemos sin demora todos de acuerdo —pobres y ricos— o la alternativa y el futuro que nos esperan no serán muy prometedores, ni para los unos ni para los otros⁷.



Bibliografía

1. Nunn N. Shackled to the past: The consequences of Africa's slave trades; en: Diamond J, Robinson JA (ed.). *Natural experiments of history*. Boston: The Belknap Press of Harvard University Press, 2010.
2. Blanchar C. El 1% más pudiente de EEUU concentra el 95% del crecimiento tras la crisis, según Oxfam. El 80% de los españoles cree que la ley favorece a los poderosos. *El País*, 20-1-2014, p. 22.
3. Ollé Goig JE. *Un médico en el mundo*. Barcelona: Ed. Icaria, 2011.

4. Tournier M. *Le vent Paraclet*. París: Gallimard, 1997.
5. Marai S. *Divorcio en Buda*. Barcelona: Salamandra, 2002.
6. Barón F. 100 academias científicas urgen frenar el consumo voraz para salvar el planeta. *El País*, 15-6-2012, p. 29.
7. Emmott S. *Diez mil millones*. Barcelona: Anagrama, 2013.